



Héctor Tajonar

## Victoria del PRI y democracia

A la memoria de Luis Arrieta Erdozain

**S**abemos que la democracia no es sino la forma civilizada de acceder y ejercer el poder, lo cual no siempre se traduce en gobernanza o buen gobierno que permita el desarrollo económico, social e institucional, un sano equilibrio entre el Estado y la sociedad civil, así como el bienestar de la población. En México, a pesar de los indudables avances en materia electoral, hemos tenido una democracia de baja calidad aunada a malos gobiernos, tanto del PRI como del PAN.

Ante esa triste realidad, sumada a los resultados de las elecciones intermedias que le dieron una amplia victoria al PRI, lo más urgente e importante es que el gobierno panista y el partido mayoritario lleguen a los acuerdos necesarios en el Congreso que nos permitan salir de la emergencia económica. Sin embargo, no menos relevante es analizar críticamente las posibles consecuencias del triunfo priista a la luz del desarrollo democrático del país.

El PRI tendrá mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, en alianza con del Partido Verde: gobernará 19 estados (tres quintas partes del país) y, frente las divisiones internas y carencia de liderazgos en el PAN y el PRD, se perfila para recuperar la Presidencia en el 2012. ¿Significará eso un retorno al antiguo régimen? No exactamente, porque el país ya no es el mismo: el pluralismo, así sea defectuoso, llegó para quedarse; a pesar de las limitaciones de los consejeros, el IFE es una institución autónoma; los márgenes de libertad de expres-

ión son mucho más amplios y la conciencia política del electorado también ha mejorado.

Sin embargo, el riesgo de un retroceso democrático no debe descartarse debido a que la esencia del PRI no ha cambiado sino que, haciendo gala de sus dotes *gato-pardianas*, sólo se ha adaptado a la nueva coyuntura política, para seguir igual. Y lo que es peor: ha transmitido su sabiduría clientelar y corporativa a los demás partidos que la han asimilado con rapidez, inspirados en los principios de un pragmatismo ajeno a la ética y el pudor públicos.

Si a nivel federal la alternancia ha sido pervertida por las mañas del priismo, a nivel regional las formas más añejas de operar del viejo PRI — ¿existe otro? — siguen incólumes. No en vano ganó en 61% de los distritos electorales (183 de 300), casi triplicó los distritos de mayoría en relación con las elecciones de 2006: arrasó en 18 estados, 15 de ellos gobernados por el PRI, en 10 con "carro completo". Ello se logró debido a que los gobernadores del PRI siguen cumpliendo la función de manipulación y control político a nivel local, además de utilizar recursos públicos, que no se contabilizan como gastos de campaña, en beneficio de sus candidatos. Esta forma ilegal de operar refuerza el poder local de los gobernadores y fortalece al partido a nivel nacional.

Esos caciques o tiranuelos regionales representan una versión feudal del autoritarismo: en su territorio no existen ni el equilibrio de poderes, ni la rendición de cuentas, ni el respeto a la ley, sino que prevalecen

la arbitrariedad, la corrupción y la impunidad en el ejercicio del poder, propios de un sistema político oligárquico. Además, los gobernadores constituyen una de las principales fuentes de poder del PRI, lo cual los convierte en intocables, especialmente ahora que han obtenido una contundente victoria en las urnas que los apuntala para el triunfo en las elecciones presidenciales.

Si en la primera mitad del sexenio, siendo la tercera fuerza en la Cámara de Diputados, el PRI protegió hasta la ignominia a sus impresentables gobernadores Mario Marín, de Puebla, y Ulises Ruiz, de Oaxaca, ¿qué puede esperarse del blindaje de sus correligionarios ahora que tienen la mayoría en la Cámara baja? Es obvio que la impunidad de dichos gobernadores fue condición ineludible durante la negociación de las reformas posibles con el gobierno federal en la primera mitad del sexenio. "Si tocas a mi gobernador, te retiro mi apoyo" —era la amenaza que logró intimidar a los legisladores y al gobierno panista.

Seguramente, esa misma advertencia reafirmará su vigencia en lo que resta del sexenio. La presencia de Beatriz Paredes en el multitudinario festejo en honor del *góber precioso* es otro signo de que el poder caciquil de los gobernadores priistas representa un capital político, igualmente precioso, que el PRI no está dispuesto a arriesgar. Por lo tanto, seguirá defendiendo a sus gobernadores-caciques a costa del avance democrático del país. La democracia nunca ha estado dentro de las prioridades del PRI, menos ahora que siente cerca la reconquista de Los Pinos. ■■

hectortajonar@yahoo.com.mx





JORGE MOCH

**A nivel regional las formas más añejas de operar del PRI siguen incólumes. En el territorio de los gobernadores-caciques no existen ni el equilibrio de poderes, ni la rendición de cuentas; prevalecen la arbitrariedad, la corrupción y la impunidad**